

El socialismo después de tres fracasos. Entre el proyecto y el proceso*

Félix Ovejero Lucas



Instituto de Estudios Políticos
y Sociales de Excmo. Gobernación

La historia de las tradiciones emancipatorias contemporáneas cuenta ya con un apreciable activo de proyectos. Casi tantos como fracasos. La reconstrucción de un proyecto igualitario con una elemental vocación de plausibilidad no debe desatender esa historia, ni los proyectos ni los fracasos. Recordar la biografía permite aprender de las dificultades, ayuda a reconocer los problemas y a no repetir los errores. Por supuesto, las preguntas son las de siempre: dónde se quiere ir y cómo se puede llegar. Estos son los problemas y repasar la historia importa, sobre todo, para ver de qué modo la experiencia acumulada puede ayudar hoy a responder tales cuestiones. Las páginas que siguen se ceñirán a los tres grandes proyectos de la izquierda que han tenido una elemental preocupación acerca de qué sociedad se buscaba y, también, acerca de cómo llegar.

El primero, el que procede de Marx, tenía notable conciencia al respecto, como se deja ver en el hecho de autocalificarse por oposición a quienes descuidaban aquellas preocupaciones, a los que llamó "socialistas utópicos". Desde esa perspectiva, que ocupa a buena parte del pensamiento socialista del siglo XIX, una suerte de mecanismo endógeno, un vínculo causalmente cerrado, relacionaba la crisis del

* Artículo publicado en la revista *Claves de Razón Práctica* y cedido por el autor a *Estudios Políticos*.

capitalismo con la sociedad igualitaria llamada a sustituirlo: los procesos que alimentaban la dinámica del capitalismo eran, a la vez, los responsables de su crisis en la dirección del socialismo. Por economía expositiva, me referiré a este modelo como *socialismo científico*, aun cuando esa fórmula sea cosa de Engels antes que de Marx. El segundo gran proyecto es el que cristaliza en la revolución rusa. Por lo mismo, para no andar con distinciones a estas alturas a destiempo, me referiré a este modelo como *socialismo real*. Su rasgo fundamental, para lo que aquí interesa, es el acento en la voluntad, en la posibilidad de ordenar cabalmente la sociedad desde una suerte de nueva moral solidaria que, naturalmente, sólo podía ser resultado de eliminar las viejas relaciones de producción y, con ellas, los viejos modelos de comportamiento. En aparente paradoja, será precisamente la progresiva percepción de la dificultad de esa tarea la causa de que recale en el uso sistemático de la represión. El tercer proyecto, el *modelo socialdemócrata*, aceptará el mercado como sistema de asignación básico aunque buscará corregirlo en una dirección igualitaria a través de diversas formas de intervención institucional que cristalizan en el Estado del bienestar.

Por supuesto hay más proyectos. De hecho, asistimos a una proliferación de investigaciones procedentes del mundo académico que exploran con la teoría social disponible diversas formas de reconstruir las herencias igualitarias, alternativas más o menos radicales al capitalismo.¹ La importancia de esos proyectos no puede ser desatendida en razón de su origen “académico”, al cabo, los mejores argumentos del

1 Como, por ejemplo, la propuesta la renta básica garantizada, diferentes ideas de socialismo de mercado, la teoría de la reciprocidad general, la revitalización de un republicanismo asociado a fórmulas de alto control democrático e igualdad ciudadana o los varios intentos de repensar el Estado del bienestar. Entre esas propuestas se destacan, por su calidad teórica y por el debate que han suscitado, *la renta básica garantizada*, *el socialismo de mercado* y *el igualitarismo republicano*. La primera consiste en proporcionar a todos los ciudadanos una renta que les permita asegurar la satisfacción de sus necesidades básicas, renta que se percibiría con independencia de su participación en la producción. Esa renta se vería, por una parte, como una respuesta al problema del paro, una vez se reconoce que el trabajo se ha convertido en un bien escaso, y por otra, con una intención de más calado, como un modo de asegurar la satisfacción de las necesidades, de eliminar la alienación producida por el trabajo y de asegurar que los ciudadanos (mujeres, jóvenes, parados, p.e.) no se verían sometidos a chantajes o arbitrariedades. La propuesta del socialismo de mercado es un intento de superar las dificultades del socialismo y del capitalismo para compatibilizar eficiencia e igualdad. En el socialismo de mercado se buscaría asegurar unas condiciones de competencia, a través de un sistema de precios fijados por el mercado, y, a la vez, garantizar la realización de valores como la autorrealización o la igualdad, a través del control de la producción y las ganancias

capitalismo se han querido encontrar antes en las pizarras que en una historia no siempre decorosa en sus líneas básicas. En todo caso, si de lo que se trata es de pensar en los procesos, en el quehacer político, es preferible atender a lo que hasta aquí ha sido, a la historia.

Los tres proyectos no han tenido igual suerte histórica. El primero no pasó de los papeles, de las conjeturas de la teoría social. El segundo, el socialismo real, hizo historia, mucha historia, de hecho nuestro mundo no sería el mismo de no haber existido; pero lo cierto es que, por razones diversas, se saldó con un fracaso y ya no forma parte de ningún proyecto político, no está en el horizonte programático de nadie. El último, el socialdemócrata, muy criticado durante mucho tiempo, parece, sin embargo, haberse convertido en el último refugio de las tradiciones igualitarias. Para decirlo brevemente, hoy no parece existir otra izquierda con presencia política que la que se agota en la defensa del Estado del bienestar; en una defensa, todo hay que decirlo, algo cerril, como de último refugio, con un convencimiento que parece arrancar de una suerte de resistencia psicológica a la derrota incondicional. Esa desigual materialización histórica justifica una mayor atención a la experiencia socialdemócrata.² De todos modos, insisto en el sentido último del repaso: averiguar las tareas, los retos a los que se ha de enfrentar cualquier intento de reconstruir un proyecto socialista.

A continuación se empezará por describir los tres modelos y las razones de sus fracasos, para después identificar cuatro enseñanzas generales de esos fracasos, enseñanzas que no son sino requisitos que habrá de satisfacer el proyecto igualitario.

por los trabajadores. El igualitarismo republicano intenta asegurar la igualdad y la autonomía de los ciudadanos por medio de una redefinición de los derechos de propiedad que hagan a los individuos actores y responsables de los resultados de sus decisiones, de un sistema de seguros que los proteja frente a las circunstancias de sus vidas que escapan a su control y, más en general, de un sistema económico en el que Estado, comunidad y mercado se complementan para asegurar eficiencia y equidad. Cf: P. Van Parijs. *Real Freedom for All*. Cambridge, Cambridge U.P., 1996; J. Roemer, E.O. Wright. (eds.). *Equal Shares: Making Market Socialism Work*. Londres, Verso, 1996; S. Bowles, H. Gintis. "Recasting Egalitarianism". En: E.O. Wright. (eds.). *Recasting Egalitarianism: New Rules of Equity and Accountability Through Markets, Communities and Governments*. Londres, Verso, 1997.

- 2 En todo caso aquí se sistematizarán unos argumentos expuestos con más detenimiento: F. Ovejero. *Intereses de todos acciones de cada uno*. Madrid, Siglo XXI, 1989, capítulos 2 y 3; "Tres ciudadanos y el bienestar". *La Política*, 3, 1996.

Más allá de eso, apenas se aventurarán propuestas específicas, aunque, sin abandonar la vocación de provisionalidad, algo se diga al final de texto. La cautela es resultado, para empezar, de las limitaciones propias, de las ignorancias y, no menos, para qué negarlo, de la escasa confianza en algunas ideas en circulación; pero también hay en la prudencia una elección moral, modesta pero meditada: si algo no puede volver a permitirse la izquierda es alentar quimeras, proponer paraísos imposibles. Los trucos intelectuales, las fantasías del todo es posible, ya no son disculpables después del sufrimiento padecido y causado.

1. El modelo clásico: el fracaso de la abundancia

El primer proyecto tiene un carácter genuinamente ilustrado. En un doble sentido: como filosofía de la historia y como naciente ciencia social. En esencia consiste en proporcionar un soporte de teoría social a la tradicional idea según la cual el curso de la historia equivale a un progresivo proceso de realización de la razón. Marx elabora diversas teorías acerca de cómo el capitalismo produce procesos endógenos que desencadenan su propia crisis y su sustitución por una sociedad comunista. La teoría de la caída de la tasa de beneficios, la tesis sobre la progresiva pauperización de los trabajadores o, más nuclearmente, la contradicción entre el ineluctable despliegue de las fuerzas productivas y el corsé de las relaciones de producción capitalistas, son algunos de tales mecanismos. Pocas de ellas son solventes desde el estado actual de las ciencias sociales, pero no cabe descuidar la magnitud del empeño. La determinación de trayectorias históricas a través de secuencias causalmente vinculadas permitirá sustituir el clásico género de la filosofía de la historia, uno de los terrenos más propicios a la especulación, por otros más precisos y controlables, las nacientes ciencias sociales que hacen uso de modelos dinámicos o de teorías del cambio social.³

Entre los diversos mecanismos endógenos del modelo clásico hay dos que vale la pena recordar con algún detenimiento. De hecho se pueden contemplar como dos aspectos de un mismo proceso. El primero tiene una formulación más estrictamente política. La clase obrera, tendencialmente mayoritaria, era, a la vez, la clase nuclear del capitalismo, la causante de la riqueza social, y la clase explotada. Aquellos en peor situación eran los que estaban en condiciones de modificar las cosas (que el vínculo

3 Sobre la posibilidad de las trayectorias históricas en la tradición de Marx, cf. E.O. Wright, A. Levine, E. Sober. *Reconstructing Marxism*. New York, Verso, 1992, pp. 61-100; F. Ovejero. *La quimera fértil*. Barcelona, Icaria, 1994; A. De Francisco. *Sociología y cambio social*. Barcelona, Ariel, 1997.

entre estar en la peor situación y estar en condiciones de hacer colapsar el sistema, o estar explotado, no es un vínculo necesario lo muestran con extraordinaria dureza nuestras presentes sociedades en donde los marginados ni tienen capacidad de actuación social ni, en sentido estricto, en tanto no producen, están explotados). En el modelo clásico, la clase obrera era la clase protagonista del cambio y, a la vez, en la medida que ese cambio suponía el fin de la explotación, de su situación oprimida, era la clase interesada en el cambio.⁴ Junto a este mecanismo hay otro más propiamente socioeconómico: el capitalismo en su desarrollo desataba unas necesidades que era incapaz de satisfacer y que sólo la futura sociedad comunista estaría en condiciones de solucionar. En los dos casos aparece un esquema parecido. Existen unas fuerzas contenidas que el capitalismo constriñe pero que a la vez alienta, fuerzas que acaban por hacerlo estallar y que desembocan en una sociedad con un ilimitado potencial de desarrollo de las fuerzas productivas.

En esas conjeturas, desde lo que nos preocupa aquí, hay dos aspectos importantes. En primer lugar, el mismo mecanismo de aproximación a la sociedad comunista era la causa de la crisis del capitalismo. Si eso era así, no había que preocuparse por perfilar el destino ni por cómo llegar a él, no había que preocuparse por cómo comprometer a las gentes en las acciones ni por precisar la naturaleza del proyecto. La otra característica importante era que las mismas ideas (resolver las necesidades insatisfechas) que servían para extender el proyecto socialista, para criticar el capitalismo, fundamentaban la sociedad futura, la sociedad de las necesidades saciadas. La estrategia no requería mucho esfuerzo: se trataba de favorecer el desarrollo de unas demandas sociales, que ya de por sí desataba el capitalismo, pero que sólo podía satisfacer la sociedad futura, la sociedad comunista. En tales condiciones, no parecía necesario entretenerse mucho en recordar el guión de la historia a sus protagonistas, en argumentar las razones del ideario o en fundamentar el norte hacia donde orientarse.

La abundancia constituye la condición de posibilidad del esquema clásico. Cumple una doble función. La primera respecto a la armonía entre el proyecto y el proceso: desatar las necesidades hoy aseguraba la llegada a la sociedad comunista, sociedad sin trabas para el desarrollo de las fuerzas productivas que sí estaba en condiciones de satisfacer cualquier tipo de necesidad. Dicho de otro modo: la

4 Hay problemas de lógica de participación en la competencia democrática que aquí no se mencionan pero que tendrán una importancia central en la evolución del proyecto socialista, cf. A. Przeworski. *Capitalism and Socialdemocracy*. Cambridge, Cambridge U.P., 1985.

abundancia, la condición de funcionamiento del comunismo, la razón que fundamentaba el proyecto, era también la que servía de crítica al capitalismo. De un tercero: las razones de los agentes para comprometerse en la costosa tarea de modificar el mundo eran las mismas que daban sentido a la sociedad comunista. La otra función de la hipótesis de la abundancia tenía que ver con el proyecto, con la futura sociedad. Si era verdad que la sociedad comunista era una sociedad de la abundancia, carecía de sentido preguntarse acerca de cómo organizarla. En una sociedad donde hay de todo para todos no hay problemas de distribución y, desde la conjetura de que la raíz fundamental de los conflictos es la desigualdad, la lucha de clases, no hay, por tanto, lugar para las tensiones. Si A tiene todo lo que desea, no le importa que B pueda tener mucho más. Ambos satisfacen sus deseos y ven que los demás satisfacen los suyos, de lo cual se alegrarán, será una satisfacción añadida; si son altruistas, o no, les traerá sin cuidado; si no lo son, da lo mismo. Si el pastel social producido es infinito no hay problemas de reparto ni de poder, sean cuales sean las disposiciones humanas.

La hipótesis de la abundancia se ha revelado falsa y, naturalmente, ello tiene consecuencias en los dos planos. En los procesos en primer lugar. El reconocimiento de que vivimos en un planeta con recursos limitados es hoy acaso la razón más poderosa en favor de la igualdad y de su urgencia. De hecho, desde un punto de vista normativo, la austeridad cumple funciones parecidas a las que en otro tiempo pudo cumplir la explotación.⁵ Es muy posible que la pobreza de los países de la periferia no sea la causa de la riqueza de los del centro, que los (pobres de los) primeros no estén explotados, pero no lo es menos que la riqueza de los del centro sólo es posible por la pobreza de la periferia, que la pobreza de éstos es la condición de posibilidad de la riqueza de aquellos. Sencillamente, el planeta no toleraría que todos tuviéramos unos niveles de consumo energético comparables a los del americano medio. Hay que pensar en cómo distribuir lo escaso. En ese sentido, la igualdad encuentra sus razones en la austeridad. Pero no sólo en ella, también en la libertad: en un escenario austero, la desigualdad sólo se podrá sostener con represión. De hecho, los (países) ricos podrían llegar a preferir que los (países) pobres desaparecieran, que no existieran (lo que, dicho sea de paso, no se da en una situación de explotación: el explotador necesita al explotado). Pero si esto es así, si la sociedad solidaria tendrá que ser una sociedad en buen trato con el planeta y atenta a las futuras generaciones, no cabe buscarla desatando las necesidades. Si el proyecto se justifica en la austeridad, el

5 En rigor, funciones más interesantes. Después de todo, no toda explotación es condenable. Aceptamos, por ejemplo, que los niños o los impedidos reciban más de lo que aportan. A nadie se le ocurriría descalificar una ayuda humanitaria en una situación de catástrofe, aunque, en sentido técnico, ello suponga una explotación.

proceso no puede consistir en la promesa de la abundancia y, por ende, ya no hay vínculo inmediato entre el proyecto y el proceso. Por otra parte, la austeridad también afecta a la naturaleza del proyecto⁶. Si no es verdad que hay de todo para todos, hay que pensar seriamente en cómo organizar la sociedad igualitaria, en qué criterios habrán de regular la distribución y qué necesidades se habrán de satisfacer, en cómo coordinar esos quehaceres, y, sobre todo, en cómo hacerlo de tal modo que se aseguren unas condiciones mínimas de estabilidad reproductiva, que no se desaten mecanismos ni comportamientos que socaven su funcionamiento, en particular, que los objetivos de los individuos no desencadenen procesos que vayan en dirección contraria a los objetivos que inspiran la sociedad. De otro modo, el único modo de compatibilizar austeridad e igualdad será el autoritario.⁷

2. El modelo del socialismo real: el fracaso de la voluntad

El segundo gran programa vendrá marcado por las urgencias políticas, porque se disponía del poder sin tener muy claros los proyectos. Las herramientas teóricas legadas eran más trabas que útiles para los procesos revolucionarios. Ninguna de las revoluciones socialistas encajaba en los esquemas heredados. En el origen de los acontecimientos pudieron haber necesidades insatisfechas, pero en ningún caso eran resultado de unas fuerzas productivas en desarrollo embrizadas por unas relaciones de producción capitalistas, *pace* Lenin y sus filigranas con la historia rusa. La innegable astucia política de éste consistió en darse cuenta de que las respuestas no estaban en unos esquemas, por lo demás, apenas perfilados (en buena medida como consecuencia de la herencia clásica, de la confianza en el curso justiciero e inflexible de la historia).

En todo caso si que parece existir una convicción implícita en los distintos procesos revolucionarios que llegan a cuajar: la creencia de que bastaba la supresión de la propiedad y de la competencia para que emergiera una disposición cooperativa,

6 Para la urgencia de repensar el ideario una vez abandonada la hipótesis de la abundancia, cf. G. Cohen. *Self-ownership, Freedom and Equality*. Cambridge, Cambridge U.P., 1995, pp.1-18.

7 Era la tesis de W. Harich en *Comunismo sin crecimiento* (Barcelona, Materiales, 1975). Tesis que se defendía, no se olvide, desde una suerte de resignación, realista y humanitaria. Si las cosas son como son, si la humanidad es como es, la sociedad más libre habrá de ser una sociedad austera, igualitaria y autoritaria que haga posible distribuir la escasez con la menor violencia. La otra alternativa es la dictadura de unos pocos, sociedad mucho más bárbara e inestable.

para que los intereses de cada uno y los intereses de todos marcharan de manera armónica, con generosidad en los quehaceres económicos y voluntad participativa en los políticos. En el trasfondo de esa confianza había una idea que no carecía de avales en la tradición marxista: en la sociedad capitalista las relaciones humanas eran relaciones distorsionadas por el mercado, relaciones que aparecían como un mecanismo independiente, ajeno a la voluntad de las gentes que eran sus protagonistas y, así, los procesos sociales se imponían a los individuos como una segunda naturaleza. Por el contrario, en una sociedad comunista desaparecería esta alienación entre los procesos y sus actores y éstos recuperarían el control sobre sus destinos. En esas condiciones no sucedería nada sin que las gentes lo quisieran. Vinculada a esta tesis está la convicción de que la diferencia de clases era no sólo el motor de la historia sino también la línea de demarcación social a la cual se reducían todas las demás, el escenario básico de todos los conflictos. Eso equivalía a afirmar que una vez desaparecidas las relaciones de producción capitalista, las diferencias de clase, y desaparecidas las distorsiones, los individuos se reconocerían en los valores compartidos, en disposiciones solidarias. Así las cosas, el problema de cómo ordenar la sociedad desaparecería una vez los ciudadanos participan de una común idea de bien, cuando tienen idénticos órdenes de preferencias que les permiten determinar prioridades, esto es, valorar las situaciones, calibrar los conflictos y precisar las metas. Aun si el pastel a repartir es finito, los buenos valores compartidos y las buenas disposiciones aseguran que cada uno libremente escoge un trozo sin descuidar las necesidades de los demás.

Muchas son las dificultades de este proyecto. Pero hay dos de particular importancia, también en el presente. Por una parte, aquella suerte de comunión de los ángeles en ideales compartidos resulta escasamente plausible una vez se reconoce lo que se ha llamado “el hecho irreductible del pluralismo” (Rawls), esto es, la existencia de discrepancias importantes acerca de cómo vivir la vida compartida, que no son simples epifenómenos de las relaciones de producción. Las diferencias en culturas, sexo o edad no se disipan con la desaparición de las desigualdades económicas. De todos modos, la dificultad más importante era otra. Aun si los ciudadanos participan de los mismos valores, la reproducción de los procesos sociales exige una coordinación que no depende únicamente de su buena o mala voluntad. La teoría social, y en particular la teoría económica, proporciona un inagotable inventario de procesos de interacción que muestran cómo en muchos casos, cuando todos los individuos persiguen el mismo objetivo, contribuyen a hacerlo naufragar.⁸ Cuando todos intentan ahorrar, el ahorro agregado disminuye;

8 Cfr. R. Merton. “The unanticipated consequences of purposive social action”. *American*

cuando todos los empresarios, en una economía cerrada, reducen los salarios, para aumentar los beneficios, éstos acaban por disminuir. El problema no depende de la falta de ideales compartidos, de que cada uno vaya a la suya. Ciertamente es que buena parte de las dificultades para la acción colectiva deriva, dicho muy sumariamente, de la disposición egoísta de los individuos, que se interesan por los beneficios pero no quieren asumir los costos de su obtención. Los problemas de "motivación" de las economías socialistas tenían que ver, en su mayoría, con esa circunstancia: los individuos, que tenían asegurados los resultados con independencia de su contribución, preferían abstenerse de colaborar en su obtención, con el resultado final de que la tarea común se realizaba mal o no se realizaba; las empresas suministran información distorsionada sobre sus posibilidades productivas (menores a las reales) y sobre sus necesidades (superiores a las reales) para asegurarse la realización de los planes; los individuos reclaman más de lo que necesitan y ocultan sus capacidades⁹. Pero es que, aun con la mejor disposición, los problemas de coordinación persisten. Si al final de una fiesta multitudinaria todos nos ponemos a barrer a la vez, nos estorbaremos y no haremos sino redistribuir la suciedad. En una comunidad de altruistas en la que se produce un incendio, el desastre acaso no se desencadenará porque todos intenten salir los primeros y con ello se traben unos a otros, pero muy bien puede producirse porque al cederse mutuamente el paso nadie acaba por decidirse a salir. El apasionante debate de los años cuarenta y cincuenta en torno al socialismo de mercado fue un exquisito reconocimiento intelectual de esa circunstancia, del problema de encontrar, por así decir, una mano invisible socialista, un modo de asegurar la coordinación de los procesos sociales que armonizase los objetivos de cada uno con los objetivos compartidos¹⁰.

En procesos voluntaristas y fuertemente ideologizados, como los que acompañan a las revoluciones, la ignorancia de estas dos circunstancias (de la existencia de diferencias en los modos de vivir que no se agotan en las diferencias de clase y de mecanismos o procesos que actúan con independencia de la disposición egoísta o solidaria de las gentes, de problemas de armonización de objetivos), desemboca con naturalidad en una *personalización de las dificultades*: si los problemas aparecen, si

Sociological Review, I, 6, 1936; R. Boudon. *Effets pervers et ordre social*. París, PUF, 1977; A. Gosselin. *La logique des effets pervers*. París, PUF, 1998.

9 F. Ovejero. "Comportamiento egoísta y sociedad socialista". En: *Intereses de todos acciones de cada uno*. Op. cit.

10 Para un resumen, cf. R. Blackburn. "Fin de Siècle: Socialism after the Crash". *New Left Review*, 185, 1991.

las cosas no funcionan, es porque no se ha actuado correctamente, porque falta la genuina voluntad revolucionaria. No es casual el perpetuo ir y venir de las tradiciones revolucionarias entre "el hombre nuevo" y la represión, entre un optimismo antropológico que exige una moralidad sobrehumana, un altruismo incondicional, y una resignación que únicamente confía en la penalización como sistema motivacional de los individuos. Evidentemente hay una paradoja de imposible resolución en el intento de edificar la generosidad con castigos, de construir "buenos ciudadanos" en campos de reeducación.

3. El modelo socialdemócrata: el fracaso cívico

El modelo socialdemócrata arranca en buena medida de dos escepticismos derivados de los problemas del modelo del socialismo real (aunque acaso sea más exacto referirse a dos aspectos de un único escepticismo, del primero). Un escepticismo acerca de los individuos, acerca de un mundo de altruistas movidos por objetivos sociales, y un escepticismo acerca de la posibilidad de un sistema de coordinación económica que supla al mercado. El primero se traduce en una resignada idea de democracia, la democracia de mercado¹¹: un sistema de competencia entre partidos políticos que tratan de atender a las demandas de los votantes sin presumir disposición cívica ni en los políticos ni en los ciudadanos. Para decirlo con las palabras clásicas, las instituciones públicas se construyen bajo el exclusivo supuesto de que "el mejor modo de servir con fidelidad a los intereses de la humanidad es que los intereses coincidan con el deber" (*The Federalist Papers*). En las democracias competitivas, los partidos políticos se ven obligados a actuar como los vendedores en un mercado, tratan de ofrecer un producto que se ajuste a las reclamaciones de los individuos. Su intención no es modificar la sociedad, las preferencias de los ciudadanos, sino responder a esas demandas. Los políticos no se mueven por sentido cívico y los ciudadanos entienden la política como un simple sistema de coordinar la satisfacción de sus demandas, de sus intereses. Los ciudadanos, que no están dispuestos a asumir los costos de información y participación, de gestación de la vida cívica, retribuyen a los políticos para que realicen una tarea que ni quieren ni pueden ejecutar ellos mismos. Estos últimos se ven obligados a responder a los intereses de los ciudadanos, no en virtud de sus buenas razones, de la justicia de sus reclamaciones, sino de su fuerza electoral directa, como simples votantes, o indirecta, como "creadores" de votos a través de su influencia como grupos de presión o de opinión.

11 Para una descripción más detallada: F. Ovejero. "Teorías de la democracia y fundamentaciones de la democracia". *Doxa*, 1996.

El otro escepticismo, el que se refiere a la coordinación social, se traduce en una confianza matizada en el mercado. Este se asume como el sistema principal de asignación. No se ignora su ineficiencia en determinadas circunstancias: provisión de bienes públicos, externalidades, economías de escala, asignaciones intertemporales, etc. Sin embargo, ese reconocimiento no corrige la idea básica: el mercado debe ser completado allí donde falla, donde no asegura la eficiencia, pero no está en disputa. La eficiencia es el criterio normativo que rige las intervenciones del Estado del bienestar, aun cuando esas intervenciones presenten una doble formulación (que no inspiración). Unas, las clásicas, las del primer Estado del bienestar, eran, por así decir, de naturaleza macroeconómica. La idea esencial es que, dada la mayor propensión al consumo de las clases populares, el mejor modo de asegurar el tirón de la demanda efectiva y de que, por consiguiente, no queden recursos sin utilizar (desempleo), es redistribuir las rentas en favor de los pobres: el ahorro se traduce en inversión y el crecimiento queda garantizado. Casi todos los argumentos "clásicos" del Estado del bienestar apuntan en la misma dirección: la producción de bienes públicos, la intervención anticíclica o los diversos gastos sociales orientados a mitigar los conflictos sociales, exigían como *instrumento* (o tenían como subproducto), la intervención redistributiva. Pero, en último término, la redistribución arrancaba de razones de eficiencia no de justicia, aun cuando el resultado final fuese una distribución más justa, más equitativa. La otra formulación de la intervención pública, más reciente, arranca de argumentos microeconómicos, argumentos procedentes de lo que se ha llamado economía de la información.¹² En conjunto se destaca la presencia de una serie de mecanismos (azar moral, selección adversa) que tienen que ver con el hecho de que en los mercados se producen importantes asimetrías informativas entre compradores y vendedores que desembocan en ineficiencias o, incluso, en el colapso de los mercados. A diferencia de lo que sucede con el otro bienestarismo, estas intervenciones son ciegas (neutras) distributivamente, esto es, aun si benéficas en un sentido general, no benefician a segmentos específicos de la población, a ciertas clases sociales.

En principio, el modelo socialdemócrata no abandona el horizonte igualitario, pero, al descreer de las disposiciones cívicas de la ciudadanía, quiere acercarse a él desde mecanismos alimentados por el egoísmo.¹³ Si no cabe confiar en las voluntades, lo mejor es construir las reglas de juego que propicien los objetivos pretendidos,

12 Ver los artículos de J. Eatwell; M. Milgate; P. Newman (eds.). *Information, Allocation and Markets*. Londres, The New Palgrave, Macmillan, 1989.

13 Hay una versión sofisticada del modelo socialdemócrata, inspirada en la teoría de la justicia de Rawls, que afirma la prioridad de la igualdad, aun si acepta como mecanismo

aun desde las peores voluntades. Si tenemos que repartir el pastel entre egoístas, hay que buscar el diseño institucional que asegure el objetivo igualitario; por ejemplo, aplicar la regla de que el que reparte sea el último en coger: el egoísta, que sabe que trata con egoístas, cortará trozos milimétricamente iguales. Este modelo funciona bajo una especie de supuesto de impermeabilidad, de *compartimentos estancos*, según el cual, el objetivo general, la igualdad de resultados en el mejor de los casos, no se ve afectado por los comportamientos que aseguran el funcionamiento del mecanismo y que inspiraban los dos escepticismos: la falta de motivación cívica y el egoísmo del mercado. La igualdad se podía obtener sin que nadie procurara la igualdad.

El supuesto de *compartimentos estancos* no resulta sostenible y la crisis del Estado del bienestar es la más dura evidencia del fracaso del modelo socialdemócrata. Para su buen funcionamiento el Estado del bienestar requiere unas condiciones cívicas que no es capaz de producir, antes al contrario, su propia dinámica desencadena procesos que socavan esas condiciones. Esa incapacidad para asegurar sus precondiciones cívicas se deja ver de diversos modos. De un modo inmediato, se percibe en la ambivalencia de las actitudes de los ciudadanos respecto al Estado: las ayudas se reciben como una humillación por unos y como una explotación por otros; los impuestos se juzgan como una extorsión a la vez que se reclama la satisfacción de las propias demandas sin atender a las consecuencias o a la responsabilidad propia en su gestación o en su solución. Pero, más allá de las actitudes ciudadanas, hay diversas indicaciones de la tensión entre las condiciones cívicas que requiere el buen funcionamiento del Estado del bienestar y los mecanismos a través de los cuales opera, en especial, el mercado como sistema regulador. Sabemos que bienes importantes para la vida social (la confianza, la dignidad) desaparecen cuando se les pone precio; que a nuestra sensibilidad moral le choca el uso del mercado para asignar ciertos recursos escasos (votos, órganos para trasplante, notas, emparejamientos, nacionalidad); que ciertos bienes básicos (bienes relacionales) para la vida cívica (la

activador un cierto grado de desigualdad: aquella que permite que los más pobres estén mejor de lo que estarían en una situación de mayor igualdad. El problema es que resulta difícil compatibilizar el argumento que habla en favor de la igualdad, que procede de la justicia, con el de la "inevitable" desigualdad, que arranca de "los incentivos". Aceptar este segundo argumento como bueno, equivale, entre otras cosas, a excluir la sensibilidad cívica, el sentido de la justicia. Y excluir esto es lo mismo que afirmar que no existe compromiso efectivo de los ciudadanos con el principio de igualdad que está en el fondo de la argumentación. Es otro modo de mostrar la inestabilidad cívica del proyecto socialdemócrata. Cf. G. Cohen. "Where the Action Is: On the Side of Distributive Justice". *Philosophy and Public Affairs*, 26, 1, 1997.

participación política, la amistad), que se caracterizan por tener como único *input* el tiempo y que, por ende, no pueden mejorar su productividad, cada vez resultan (comparativamente) más costosos y menos atractivos para individuos, entrenados en -y animados a- echar las cuentas en sus decisiones diarias. En resumen: el mercado se lleva mal con los valores cívicos.

La falta de sustrato cívico es resultado de diversos mecanismos, relacionados todos ellos con la propia dinámica del mercado y del sistema de competencia política, que confluyen en minar la posibilidad misma del Estado del bienestar. Bastará ahora con ejemplificar algunos que afectan a cinco planos diferentes, y al mismo tipo de problema:

1. *Disposición cívica.* El mercado político supone y alienta un tipo de ciudadano consumidor que no entiende la vida pública como quehacer suyo ni se interroga acerca del buen sentido de sus demandas, de su origen, de su justificación o de su elección más o menos responsable. Sencillamente retribuye a unos profesionales para que atiendan sus demandas. Pero esa relación no es fácil. El ciudadano se encuentra en una natural disposición de desconfianza hacia el político. Adquiere un tipo de servicios (los del político profesional) cuyo control no está en condiciones de realizar, precisamente porque lo que adquiere son los servicios de alguien que “se informe y actúe”, y, por lo mismo, no tiene modo de saber si las tareas públicas se realizan honesta y correctamente. Por su parte, el político, que conoce esa circunstancia, y que se mueve en un escenario institucional en donde la virtud pública no es el motor de funcionamiento, no tiene razones para no aprovechar la discrecionalidad de su quehacer, para no transmitir información distorsionada acerca de la naturaleza de sus tareas. A su vez, el ciudadano, que conoce esa posibilidad, desconfía.¹⁴ Las motivaciones cívicas se erosionan y el resultado final es una ineficiente producción de bienes públicos. La teoría del diseño institucional muestra que no hay institución que pueda funcionar sin disposición cívica, disposición excluida por el mercado político que arranca con el supuesto de que los individuos nunca procuran el interés público, que sólo atienden al comportamiento oportunista. Esa circunstancia no hace sino alentar un comportamiento que, dada la naturaleza especial de la intervención política (amplia potestad en la elección, asignación y ejecución de tareas), se traduce en inevitables patologías que tienen su manifestación en despilfarros e ineficiencias.

2. *Soporte social.* Un segundo mecanismo tiene que ver con el cimiento social del propio Estado del bienestar. Como antes se advirtió, éste se justifica, sobre todo,

14 Un problema de agente-principal. Sobre estos procesos: J. Ferejohn, J. Kuklinski (eds.). *Information and Democratic Processes*. Chicago, University of Illinois Press, 1990.

desde la eficiencia, desde la óptima utilización de los recursos, incluso en el caso de las intervenciones redistributivas.¹⁵ De todos modos, la legitimación en la eficiencia no impidió que el primer Estado del bienestar, al favorecer la redistribución, se asegurase cierto soporte social. El mejor modo de obtener el crecimiento, el beneficio para todos, era atender a los que menos tenían. En esas condiciones, el Estado del bienestar podía encontrar un sólido apoyo en las clases que se beneficiaban de ese mecanismo. Pero ese apoyo se disipa con la neutralidad distributiva de las intervenciones del Estado del bienestar más reciente, las que se justifican en razones microeconómicas, en “los fallos del mercado”. Una intervención pública para evitar la contaminación, una legislación que trate de mitigar las asimetrías informativas, no tiene un soporte social homogéneo. Mientras el beneficiario de la intervención es genérico y disperso, los perjudicados suelen ser bien reconocibles y con capacidad para actuar organizadamente. De hecho, se acostumbran a producir reacciones populares frente a las intervenciones y no es raro ver cómo los trabajadores de un sector, que se sienten perjudicados por las acciones públicas y temen perder sus puestos de trabajo, se unen con segmentos sociales más poderosos con los que, en condiciones normales, mantienen relaciones conflictivas. En esas circunstancias, las líneas de fragmentación se multiplican y hacen impensable la reconstitución de lo que en un tiempo fue el soporte social básico de la socialdemocracia.

3. *Red moral.* El mercado para su funcionamiento necesita de una red moral que el mercado no puede producir. No todo puede estar sujeto a compra y venta. Contra lo que se acostumbra a decir, no es cierto que buena parte de la descomposición social de Rusia tenga que ver con la falta de mercados. La descomposición tiene que ver exactamente con lo contrario, con la existencia de mercados para todo: la seguridad, las leyes o los cargos están a la venta. El mercado necesita un tejido cívico para que los contratos se respeten, los derechos se asignen o los intercambios se realicen, tejido que es previo al mercado. Se trata de bienes públicos que se producen merced a un comportamiento cooperativo que soluciona muchos problemas de acción colectiva. El problema es que, en virtud de su sistema de estímulos, el mercado da pie a una serie de mecanismos que se avienen mal con la reproducción de esa red moral. Por razones de permanente exposición psicológica a la conducta oportunista, por una serie de procesos (disminución de los vínculos personales, menor duración de las interacciones, aumento de la tasa de preferencia temporal) que tienen como consecuencia un aumento de los costos de las acciones cooperativas, el mercado desencadena comportamientos (p.e. menor disposición a participar en el suministro de información, en

15 Para un repaso a esas intervenciones N. Barr. “Economic Theory and Welfare State”. *Journal Economic Theory*, 1992.

procesos deliberativos) que atentan contra una red cívica que está en la base misma de su funcionamiento.¹⁶ Conviene precisar que no se trata tanto de que la exposición al mercado “cree” egoístas, como de que entre el distinto repertorio motivacional disponible, se propicie el cultivo de las disposiciones egoístas.

4. *Continuidad de la comunidad.* En el mercado político, los programas de los distintos partidos vienen dados y el ciudadano se limita a escoger aquellos que recogen mejor sus intereses. La pertinencia normativa de sus reclamaciones resulta irrelevante. El terreno público es un lugar de negociación no de argumentación. En ese contexto, la dinámica de las reclamaciones no busca ampararse en razones de justicia, en razones públicas aceptadas por todos, sino en la capacidad para constituirse en grupos de presión que compiten entre sí en una imparable huida hacia delante.¹⁷ Los políticos tratan de satisfacer demandas diferentes, en ocasiones contradictorias, con programas de todo para todos. Los ciudadanos, que no se sienten responsables de la actividad política, en esas circunstancias, en un escenario ajeno a consideraciones de interés público o de racionalidad, entienden que no hay otro modo de obtener sus metas que aumentar su capacidad para presionar. Por su parte, el ciclo electoral marca agendas que no atienden a la preservación de valores y motivaciones esenciales para la continuidad de la vida pública, sino con satisfacción de reclamaciones de inmediato impacto electoral. Cuando funciona el mercado político, cuando el sistema es impermeable al interés público, a las razones impersonales como criterios de decisión, a razones que atienden a todos y que valen para cualquiera, es fácil incurrir en la tentación de buscar los resultados de hoy en la venta de un patrimonio trasgeneracional, es fácil descuidar el sentido de continuidad con las generaciones futuras, que carecen de toda fuerza (electoral) actual, y, de ese modo, poner en peligro la propia continuidad cívica de la comunidad.¹⁸

5. *Políticas públicas.* Para el funcionamiento de las políticas públicas es una condición necesaria que los ciudadanos se sientan comprometidos en algún grado con ellas. Por dos razones fundamentales. Por una parte, porque ellos son los que proporcionan la información, hacen más o menos costosa su ejecución y la asumen o no en su realización final. La intervención pública difícilmente funcionará si los ciudadanos la miran con desconfianza o con indiferencia egoísta. Diversos experimentos

16 S. Bowles. “Mandeville's mistake: The Moral autonomy of the self-regulating market reconsidered”. *Ethics and Economics*, University of Siena. Siena, 1991.

17 R. Tollison. “Rent Seeking”. *Kiklos*, 35, 1982.

18 F. Ovejero. “Democracia y ética ambiental”. *Claves de razón práctica*, 68, 1996.

económicos muestran que frente a un juego de bienes públicos, un mecanismo de incentivos compatibles, que busca atar desde sus intereses egoístas a los individuos en la obtención de bien público, presenta peores resultados que un comportamiento guiado por principios de justicia.¹⁹ Pero el egoísmo es justamente el tipo de comportamiento propiciado por el mercado que, tal y como han mostrado diversos estudios experimentales, actúa como un *reductor cognitivo*: las relaciones de mercado propician que los individuos tiendan a comparar (y aceptar el intercambio) entre objetos diferentes, incluidos los derechos y las normas; el escenario competitivo alienta la justificación de conductas (inmorales) que de otro modo, enfrentados a las mismas elecciones los mismos individuos, no se simplifican ni aceptan; las actividades (retribuidas) pasan de tener un valor intrínseco a considerarse instrumentales y con ello disminuye la motivación y, con frecuencia, la eficiencia.²⁰ Mecanismos como éstos refuerzan un tipo de ciudadano, estrechamente calculador, que complica la realización de las políticas públicas. Por otra parte, las intervenciones públicas aparecen precisamente frente a los fallos del mercado. Buena parte de esos fallos derivan de la imposibilidad de especificar los contratos, de disponer de información fiable sobre qué se produce y en qué condiciones, y pueden mitigarse merced a las normas (los llamados *nice values*: compromiso, lealtad, reputación, confianza, honor, reciprocidad) que aseguran la eficiencia en la coordinación de los procesos económicos y sociales en general. Dicho en negativo: un bajo nivel de confianza requiere contratos más costosos, más detallados, y una mayor (imposible) vigilancia en su realización. Ahora bien, en virtud de la naturaleza de las interacciones que lo caracterizan (efímeras, con bajos costos de entrada y salida, impersonales), el mercado simplifica el juego de motivaciones necesarias para funcionar socialmente y, con ello, elimina los *nice values*: las relaciones anónimas hacen irrelevante la reputación; los bajos costos de entrada y de salida disminuyen la formación de (sub)grupos (la selección de grupo en términos biológicos) en donde proliferan los valores compartidos; la ausencia de segmentación elimina el trato reconocible, la interacción reiterada y, con ella, el cultivo del compromiso o el honor; los encuentros indiferenciados elevan los costos de adquisición de información acerca de la honestidad de los otros y, a su vez, hacen muy poco interesante su cultivo; la sanción con precios elimina la necesidad de sanciones desde

19 N. Frolich, J. Oppenheimer. "The incompatibility of incentive compatible devices and ethical behavior: some experimental results and insights". *Public Choice Studies*, 25, 1995.

20 Para una minuciosa descripción: R. Lane. *The Market Experience*. Cambridge, Cambridge U.P., 1991.

la reputación, la confianza o la generosidad.²¹ En esas condiciones, y dado el conocido mecanismo que lleva a extender las estrategias (egoístas) de un escenario o marco institucional a otros distintos de donde proceden, está asegurado el fracaso de las intervenciones públicas.²²

Estos procesos, que muestran la inconveniente porosidad entre los mecanismos y los objetivos, están en la trastienda de la crisis del Estado del bienestar, que es lo mismo que decir, la crisis del proyecto clásico socialdemócrata. Cualquier proyecto igualitario que se quiera medianamente estable necesita una disposición cívica. El modelo socialdemócrata parecía presumir que cabe retener la aspiración igualitaria prescindiendo de esa disposición, sin abandonar el mercado como sistema de asignación y el mercado político como marco institucional. La presunción se reveló sin fundamento e ignorar la irrealidad del supuesto de *compartimentos estancos* no hace sino ahondar en los problemas. En ese sentido, la crítica conservadora a los desatinos presupuestarios tiene su punto de corrección, sin que ello quiera decir que la única posibilidad sea la "solución" liberal, esa suerte de ley de la selva que recomienda ceder ante los mecanismos motivaciones del mercado y abandonar toda aspiración igualitaria. Hay lugar para intentar crear las condiciones para otra disposición ciudadana. Obviamente, no se trata de recalar en rogatorias, en recomendaciones de buen comportamiento. La intervención pública no se puede cimentar en sermones, en simples recomendaciones de cambio cultural. Por supuesto que, "si todos modificáramos nuestros comportamientos", todo sería distinto. Pero eso está más allá de las posibilidades del BOE. Aunque todo proceso social es resultado de una interacción de motivaciones, normas y reglas, lo cierto es que la intervención política recae fundamentalmente sobre reglas, aun si se pretende alterar las normas y, con ellas, las motivaciones.²³

4. Algunas tareas: entre el proyecto y el proceso

En sus limitaciones y fracasos los tres modelos anteriores muestran algunos de los retos a los que se ha de enfrentar cualquier intento de reconstruir el proyecto igualitario. Dentro de las posibilidades de prospección de la teoría social, el proyecto habrá de encarar las tres tareas de siempre: el objetivo, el proceso y el vínculo entre ambos. No sólo se trata de establecer las condiciones de funcionamiento de una

21 S. Bowles. "Endogenous preferences: the cultural consequences of markets and other economic institutions". *Journal of Economic Literature*, vol. XXXVI, marzo, 1998.

22 Cf. F. Ovejero. "La política de la desconfianza". *Agenda*, 2, 1998.

23 C. Sunstein. "Social Norms and Social Roles". *Columbia Law Review*, 96, 1996.

sociedad igualitaria, sobre lo cual, dicho sea de paso, empieza a haber bastante literatura disponible. Se trata, también, de señalar el cómo llegar desde el presente, cómo hacer atractivo el proyecto a quienes tendrán que realizarlo y cómo hacerlo desde sus objetivos más inmediatos: no cabe pensar que los individuos se comprometerán de modo sostenido en tareas que, en todo caso, beneficiarán a las generaciones futuras (éste es el problema político básico del ecologismo). Y se trata, finalmente, de que esos procesos apunten en la dirección del proyecto, que no desaten mecanismos o conductas que resulten, a la larga, incompatibles con el proyecto final. Si, por ejemplo, se juzga que la sociedad deseada debe adoptar formas de democracia deliberativa, no cabe alentar -valga el pleonasma- nacionalismos estrechos, aun cuando puedan contribuir a desencadenar conductas críticas o movimientos sociales en el presente. Para decirlo con, y contra, el conocido poema de Brecht: si queremos preparar el tiempo para la amabilidad, habrá que ser amables. Por supuesto no está entre las pretensiones de estas notas encarar esas tres dimensiones. En lo que resta me limitaré, a la luz de los fracasos de los tres proyectos examinados, a señalar algunos requisitos que parece razonable exigir a los proyectos igualitarios. Bueno es advertir que la presente revisión no es exhaustiva ni aspira a la concreción programática.²⁴

1. La restitución del vínculo entre justicia y emancipación. Una de las grandes aportaciones de la herencia marxista del socialismo fue situar en un mismo lado, sobre un soporte racionalista, la libertad y la explotación, unir la herencia ilustrada con las tradiciones igualitarias. En virtud de los mecanismos resumidos más arriba al referirse al modelo clásico, la liberación de todos, la realización de la razón, pasaba por la emancipación de los trabajadores. Hoy esa situación ha cambiado radicalmente. Hay una importante tradición, poderosa tanto social como intelectualmente, capaz de asumir tesis fuertemente liberales en cuanto a los modos de vida y cultura, y, a la vez, criticar cualquier intento de apostar por sociedades igualitarias (en un sentido que tenga que ver con algún tipo de igualdad de resultados o, más exactamente, de igualdad de oportunidades para alcanzar el bienestar). A la vez no cuesta identificar en segmentos importantes de la clase trabajadora actitudes conservadoras en terrenos como la libertad sexual, la emancipación de la mujer o la diferencia cultural. Tampoco resulta excepcional encontrar, sobre todo en ciertos departamentos universitarios en los que anida eso que se ha venido en llamar "izquierda posmoderna", un pseudoradicalismo irracionalista con escasa atención hacia la justicia distributiva. En

24 Consideraciones complementarias a las aquí desarrolladas se pueden encontrar en F. Ovejero. "El ingreso ciudadano universal y los requisitos de los procesos emancipatorios". En: R. Lo Vuolo (comp.). *Contra la exclusión*. Buenos Aires, Ciepp, Miño y Dávila, 1996.

el trasfondo de esas ideas y actitudes parece haber una aceptación de la vieja concepción liberal que contrapone esencialmente las ideas de libertad e igualdad y que entiende la vida pública (la ley) como una interferencia a la genuina libertad (presocial).²⁵ Frente a esa idea, la izquierda debe insistir en la tesis de que es tarea de todos asegurar la libertad de cada uno, de que la plena realización de la libertad pasa por una vida pública que asegure a los individuos la posibilidad de realizar sus planes de vida sin estar sometidos a la intervención real o potencial de los otros.²⁶ Eso es lo mismo que afirmar que la libertad requiere de la igualdad, que sólo en una sociedad justa uno puede realmente elegir su propia vida y que el bienestar de los otros es parte de mi bienestar, que mi vida es mejor en una sociedad donde los otros están bien.²⁷ Frente a la idea liberal de que nadie debe interferir en las decisiones de X sobre su propia vida, sobre sí, por ejemplo, quiere vivir aquí o allá, la izquierda debe asumir que es cosa de todos asegurar que X está en condiciones de realizar esa elección, de que puede elegir su propia vida.

2. El segundo reto es casi un corolario del anterior: la armonía entre el proyecto y el proceso, sus implicaciones programáticas. Se ha visto que el modelo clásico conseguía esa armonía por la vía de alentar un tipo de demandas que el capitalismo, incapaz de desarrollar al máximo las fuerzas productivas, no era capaz de satisfacer. La extensión del ideario y su fundamentación apuntaban en la misma dirección. Esa

25 La izquierda ha de hilar fino en la elección de las palabras y no dejarse capturar por ciertas metáforas. Hay, al menos, tres tareas: a) no aceptar el contenido que se les otorga (la idea de libertad, p.e.) y precisar su exacto sentido; b) no querer apropiarse de todas y contraponer sus propias ideas (nación, competencia, p.e.); c) establecer "palabras nuevas para la nueva historia" (A. González). Para ideas interesantes acerca de esa batalla por las metáforas, que tiene importantes implicaciones acerca de cómo se estructuran las experiencias cognitivas, cf. G. Lakoff. *Moral Politics. What conservatives know that liberals don't*. Chicago, Chicago U.P., 1996.

26 P. Pettit. "Freedom as Antipower". *Ethics*, 106, 1996. Esta idea ("la libertad negativa" republicana) ha sido desarrollada por J.G.A. Pocock y Q. Skinner. Un excelente repaso de sus raíces republicanas lo realiza J.F. Spiz en *La liberté politique*. París, PUF, 1995. Así mismo, cf. G. Cohen. "Money and Freedom" (manuscrito, 1999), en donde se muestra concluyentemente algo sabido y olvidado: que sin recursos no hay libertad.

27 En tanto estas notas se refieren a aspectos programáticos no se detienen en una tesis importante para una izquierda con alguna hondura: la continuidad entre la ética privada y la moral pública. Una exquisita joya, dedicada a discutir con las pseudorazones de los "ricos socialistas" y mostrar cómo el compromiso con los principios de justicia tiene —salvo inconsistencia o deshonestidad— implicaciones en las elecciones personales: G. Cohen. "If you are an Egalitarian, How Come You're so Rich?" 1997 (manuscrito).

ecuación ha dejado de funcionar. Como se dijo, el socialismo encuentra hoy sus mejores razones en la austeridad. Si no hay de todo para todos, habrá que pensar en distribuir igualitariamente lo que hay y en establecer criterios intergeneracionales (no representados por los precios, por la demanda de mercado, que sólo tiene en cuenta los individuos presentes) acerca de qué producir y para quién. Pero eso son razones en favor del proyecto. Otra cosa es el proceso. Parece claro que alentar el cultivo indiscriminado de las necesidades no es el camino. El problema es que los actuales marcos institucionales no conocen otro mecanismo y, en ese sentido, complican el vínculo entre proceso y proyecto. En una democracia de competencia electoral son escasas las posibilidades de un programa que atienda a la continuidad de la comunidad, a los por venir. Una condición necesaria, pero no suficiente, para el funcionamiento de la democracia de mercado es que todos aquellos cuyos intereses se vean afectados estén en condiciones de intervenir. Pero los que están por nacer (o los ciudadanos de otros países) no votan. En ese sentido, la democracia de mercado actúa contra ellos: son los únicos que pueden pagar la realización de proyectos sin tener ocasión de hacer oír su voz. Como más arriba se apuntó, esa dificultad tiene mucho que ver con unos escenarios políticos en los que lo importante es que los propios intereses sean atendidos. En esas condiciones, no es sencillo armonizar los procesos (ganar las elecciones) que, en virtud del marco de mercado político, exigen resultados inmediatos, con un proyecto que se fundamenta en una sensibilidad intergeneracional, en cierta continuidad cívica. Cualquier intento de escapar a este dilema pasa por importantes modificaciones de los procesos democráticos. La modificación puede ir en diversas direcciones. Hay quienes, sin contemplar cambios en las conductas o en los principios inspiradores de las instituciones, han sugerido reglas más sensibles a consideraciones (resultados) de justicia (intergeneracional) como pueden ser, por ejemplo, otorgar dos votos a cada madre con un hijo bajo su tutela o proporcionar menos votos a los más ancianos. Desde una perspectiva que no abandone los argumentos desarrollados en el punto anterior resultan más interesantes modificaciones de los procesos democráticos que intentan hacerlos permeables a las mejores razones, a criterios públicos de interés general, sea a través de un constitucionalismo fuerte que, al igual que excluye de la competencia electoral las condiciones básicas de la vida cívica (la igualdad ciudadana, los derechos y libertades), impidiera votar sobre aquello que afectará a las generaciones futuras, a las condiciones de posibilidad de la propia continuidad cívica; sea a través de unos escenarios deliberativos que cancelen desde el principio el funcionamiento de la lógica del interés, lógica que queda desmontada en el momento en el que los individuos se obligan a justificar el sentido de sus decisiones: comprometerse con la argumentación pública es comprometerse con criterios impersonales de aceptación, estar dispuesto a modificar los propios juicios a la luz de las mejores razones y, por ende, a aceptar que no hay ninguna razón para tomar el interés como argumento.

3. Recuperación de una base cívica. La experiencia del socialismo real mostró con escaso lugar a dudas que no se puede pensar en edificar un proyecto social bajo la presunción del altruismo universal. Pero no es menos verdad que la presunción contraria, la presunción de egoísmo generalizado, resulta incompatible con las condiciones mínimas de estabilidad de una sociedad elementalmente solidaria. Una sociedad de esta naturaleza necesita de una red moral, de unos vínculos, que tienen la naturaleza de bienes públicos, en el sentido convencional de bienes que se consumen sin rivalidad (mi consumo no impide el tuyo) y sin exclusión (todos disfrutamos de la misma cantidad), bienes que requieren para su reproducción de unas disposiciones cooperativas que el mercado hace imposibles. Un escenario político como la democracia competitiva, que sólo se muestra permeable a motivaciones negativas, a penalizaciones, que supone y alienta la (presunción de) desconfianza, que asume el interés privado como exclusivo motor de conducta, resulta incapaz de asegurar la producción de aquellos bienes públicos. El marco político institucional de una sociedad igualitaria, sin presumir la bondad universal, ha de alentar o, al menos, mostrarse permeable a la responsabilidad activa y a la disposición cívica de los ciudadanos,²⁸ sin las cuales resulta imposible su funcionamiento. El problema es que, a través de los mecanismos resumidos anteriormente, el mercado mina esas conductas. Las dificultades del modelo socialdemócrata son una buena muestra de esa circunstancia, o, lo que es lo mismo, de que un diseño institucional de inspiración igualitaria necesita de la disposición cívica. Como muestran las contradictorias actitudes de los ciudadanos respecto al Estado del bienestar, éste se ve erosionado si los ciudadanos entienden el bienestar de los otros como un juego de suma cero, como opuesto al suyo. La organización de la vida compartida en una sociedad solidaria no es posible desde un sistema que funciona ignorando las disposiciones cooperativas de los individuos. El problema no está en la existencia o no de esas disposiciones. La hipótesis del egoísmo universal es sencillamente falsa, aun si puede resultar eficaz explicativamente en algunos contextos limitados. Disponemos de la suficiente investigación neurobiológica para poder afirmar la existencia de un sustrato emocional bien asentado en la mente humana que ha asegurado la supervivencia de la especie al garantizar la coordinación de las tareas sociales, sustrato con estrechos vínculos con la racionalidad práctica, y además sabemos que esas disposiciones emocionales juegan un importante papel en la vida económica y, en general, en la vida social.²⁹ La tarea, desde una perspectiva igualitaria, consiste en

28 G. Brennan. "Selection and the Currency of Reward". En: R. Goodin (edt.). *The Theory of Institutional Design*. Cambridge, Cambridge U.P., 1996.

29 Cf. R. Frank. *Passions within Reasons: The strategic role of the emotions*. New York, Norton, 1988. Una exposición más detenida de lo anterior: F. Ovejero. "Del mercado al

construir los diseños institucionales que alienten esas disposiciones.³⁰ Sin un marco institucional que prime tales disposiciones se hace imposible la economía moral solidaria, necesaria para asegurar la estabilidad reproductiva del más elemental Estado del bienestar.³¹

4. Resolver la coordinación social sin atentar contra las bases normativas que han de regular una sociedad socialista. En su presentación más informal, el mercado aparece como una perfecta máquina que, cuando cada uno procura su beneficio, propicia la realización de los beneficios colectivos, el crecimiento. En ese sentido se presenta a la mano invisible como un sistema descentralizado que permite asegurar el orden, la coordinación de las actividades sociales, sin necesidad de establecer sistemas de penalización que no deriven de la propia conducta de los individuos. En el mercado, en principio, las penalizaciones, que hacen más interesantes unas opciones que otras y que castigan al que se desvía de la conducta que asegura el buen funcionamiento, no exigen la existencia de agentes sancionadores. El consumidor se limita a cambiar de producto, no pretende perjudicar al productor ineficiente, aunque ello sea el resultado de su conducta. Ciertamente es que no hay que exagerar las virtudes de la mano invisible como garantía de estabilidad reproductiva. Sencillamente es falso que el mercado asegure el buen orden. Que los mercados reales no funcionan es experiencia de cada día y, de hecho, la teoría económica, si de algo sabe, es de los fallos del mercado. La propia irrealidad de la teoría económica cuando muestra (las

instinto". *Isegoría*, 18, 1998. Sobre la posibilidad de una base evolutiva de las disposiciones cooperativas: E. Sober, D. Wilson. *Unto Others*. Cambridge, Harvard U.P., 1998. Lo afirmado no obliga a comprometerse, aun si es compatible, con el programa de la psicología evolucionaria que, a través de una secuencia comportamientos-rasgos-algoritmos-modulos cerebrales-genes, busca dar cuenta de las disposiciones psicológicas desde las constricciones evolucionarias. El programa es, sin duda, atractivo pero el conocimiento consolidado en cada una de esas secuencias, y en sus conexiones, está lejos de ser definitivo.

30 Para ideas interesantes al respecto cf. M. Bovens. *The Quest for Responsibility*. Cambridge, Cambridge U.P., 1998.

31 Una perspectiva interesante, atenta a los resultados de la psicología evolucionaria, y con preocupaciones afines a las que inspiran estas líneas: S. Bowles, R. Boyd, E. Fehr, H. Gintis. "Homo reciprocans: A Research Initiative on the Origins, Dimensions and Policy Implications of Reciprocal Fairness" (manuscrito); S. Bowles, H. Gintis. "The Moral Economy of Communities". *Evolution and Human Behavior*. (en curso de publicación); Cf. así mismo el debate en torno al texto de S. Bowles y H. Gintis. "Is Equality Passé? Homo reciprocans and the future of egalitarian politics". *Boston Review*, 1998.

condiciones para) el buen funcionamiento del mercado es el mejor testimonio de que el mercado real no funciona: esas condiciones son imposibles.³² Baste un ejemplo: sin previsión perfecta por parte de los agentes resulta imposible asegurar el equilibrio de mercado. En ese sentido, resulta tan irreal el socialismo basado en el altruismo incondicional, con unos agentes con moral sobrehumana, superogatoria, como el mercado eficiente que reclama una sobreexigencia computacional por encima de las capacidades humanas. Pero, en todo caso, el reto persiste para el pensamiento de izquierdas: asegurar la coordinación sin que ello aliente un tipo de conductas que hacen imposibles las condiciones cívicas necesarias.

En los términos expresados, los requisitos anteriores resultan compatibles con diversas propuestas programáticas. Para los presentes propósitos bastaría con que sirvieran como criterios, como filtros para descartar algunas líneas de acción que, si lo antes expuesto es correcto, no apuntarían en la dirección de una sociedad igualitaria con unas mínimas condiciones de estabilidad. De todos modos, no cuesta identificar en la trastienda de las tesis anteriores, argumentos que proceden de tradiciones radical-democráticas, del republicanismo cívico. Lo cierto es que esa tradición acoge bastante bien algunas de las ideas anteriores. El vínculo entre justicia y emancipación es una reformulación de la tesis republicana que afirma que la libertad del individuo sólo se puede realizar en una sociedad justa, que es tarea colectiva asegurar la libertad de cada uno o, para decirlo de otro modo, que resultan inseparables las ideas de libertad y de justicia.³³ Esa tesis aparece negro sobre blanco en un conocido paso del *Manifiesto comunista* (“una asociación en la que el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos”) y, aunque no siempre se reconozca la herencia republicana, está también presente en las revisiones modernas de la idea de libertad (como igual capacidad para realizar los propios proyectos de vida) y en sugestivas propuestas programáticas como la renta básica garantizada (cf. nota 1).³⁴ La segunda exigencia y la tercera, la necesidad de unos escenarios de democracia deliberativa y de la disposición cívica como condiciones de posibilidad

32 Por sólo aludir a las razones microeconómicas, donde la defensa del mercado siempre ha buscado sus avales. Desde una perspectiva macroeconómica, el desorden (el equilibrio con desempleo, p.e.) es mucho más evidente, es la situación normal. Para un repaso reciente y sencillo, que es antes que otra cosa un recordatorio cf. E. Nell. *Making Sense of a Changing Economy. Technology, Markets and Morals*. Londres, Roudledge, 1996.

33 J.F. Spiz. *La liberté politique*. Op. cit.

34 A. Sen. *La libertà individuale come impegno sociale*. Roma, Laterza, 1997; P. Van Parijs, Op. cit.

del proyecto igualitario, tienen una indiscutible inspiración republicana sobre la cual apenas hace falta entretenerse. La tradición republicana se constituye desde la convicción de que la democracia es un proceso de formación deliberativa de los juicios, en donde los ciudadanos argumentan públicamente las razones de sus preferencias y se comprometen a revisarlas a la luz de las mejores razones, proceso que sólo es posible desde la convicción de la justicia de la ley y la virtud ciudadana.

Más complicado e interesante resulta el último requisito: asegurar la coordinación sin atentar contra la base cívica, armonizar las acciones y ambiciones de los individuos y los objetivos colectivos, las condiciones de funcionamiento de la sociedad. Aun si disponemos de solventes teorías económicas que muestran la posibilidad teórica de economías asentadas en las ideas de fraternidad o en comportamientos altruistas,³⁵ resultaría insensato sino inmoral descuidar las complicaciones: la plausibilidad teórica, con ser importante, no asegura la realizabilidad fáctica. Es cierto, al menos en lo que atañe a las dimensiones políticas, que la tradición republicana proporciona una interesante formulación acerca de cómo vincular la vida de cada uno y la vida de todos sin socavar la vida cívica. Para ello invierte la secuencia causal del mercado: la mano invisible asegura la continuidad entre el interés privado y el general alentando las disposiciones egoístas, al sostener que el mejor modo de obtener el bienestar general (la eficiencia) es procurar el propio beneficio; por el contrario, la tradición republicana propicia la vocación pública, al afirmar que el mejor modo de proteger la propia libertad es procurar, a través de la participación cívica, la libertad de la república, de la libertad de todos.³⁶ Aun aceptando la plausibilidad de ambas secuencias causales, lo cierto es que la primera, en la medida que favorece las conductas egoístas más allá del mercado, es difícil de compatibilizar con la estabilidad del proyecto igualitario. En ese sentido, sin duda resulta más interesante la propuesta republicana. Interesante, pero no suficiente. No lo es porque otorga un carácter circunstancial a la vocación pública, simple medio para la mejor obtención de los propios proyectos, y no lo es, sobre todo, porque el problema de compatibilizar coordinación y motivación sobre un trasfondo igualitario tiene muchas más dimensiones que la apuntada. Y hoy como nunca, para la izquierda, el primer compromiso es confesar la ignorancia, conocer los límites de las certidumbres. En todo caso, sí que parece que se puede afirmar sin excesiva provisionalidad que cualquier intento de reconstruir el ideario socialista pasa por diseñar formas institucionales de naturaleza parecida a las que ha querido cultivar la tradición republicana.

35 S.K. Kolm. *La Bonne économie: La Réciprocité générale*. París, PUF, 1984.

36 P. Pettit. *Republicanism*. Cambridge, Cambridge U. P., 1997.

Las tareas anteriores son fundamentalmente líneas de reconstrucción programática y, en esa medida, atañen más al proceso que al proyecto. No se ha intentado reconstruir el ideario, las bases normativas, que han de inspirar al proyecto, entre las cuales, a buen seguro han de estar algunas que fueron importantes para la tradición en la que hay que situar a Marx: fraternidad, responsabilidad, igualdad.³⁷ No se ha pretendido fijar un proyecto social, en el sentido que se puede decir que, por ejemplo, los modelos de socialismo de mercado, tratan de establecer un mundo social posible inspirado en ciertas ideas importantes para las tradiciones igualitarias, como la autorrealización o la igualdad de oportunidades para el bienestar. Tampoco se han descrito las condiciones generales que deberían satisfacer los proyectos: compatibilidad con el ideario, estabilidad reproductiva, contenido informativo, plausibilidad teórica, microfundamentos.³⁸ Sencillamente se ha buscado señalar unos requisitos que afectan al modo como desde hoy se pueden apuntar quehaceres que tienen que ver con los proyectos igualitarios, pero que también afectan la forma de empezar de nuevo. Porque de empezar de nuevo se trata, aunque con una urgencia mayor, por razones que tienen que ver con las condiciones de supervivencia digna de la humanidad y con procesos de descomposición cívica que no son difíciles de detectar en nuestra cultura contemporánea. El problema es que las certidumbres son menos y las fuerzas más dispersas. Se dispone, cierto es, de algunos activos, entre los que se han de incluir un conocimiento no despreciable de los procesos sociales, una capacidad para mirar con más limpieza el pasado y, si se quiere, unos fracasos que al menos recuerdan como no intentarlo de nuevo.

37 F. Ovejero. "La crisis del pensamiento marxista". En: P. Casanovas (comp.). *Les dimensions politiques de la moral contemporània. Homenage a J.L. Aranguren*. Fundacio Caixa de Sabadell, 1997. Una versión sensiblemente modificada aparecerá en Calvillo Velasco, Miriam y Mora Heredia, Juan (Comps). *Teoría social, ética y política*. México, Ed. UAM-I, 1999.

38 Cf. F. Ovejero. "El ingreso ciudadano universal y los requisitos de los procesos emancipatorios". *Op. cit.*